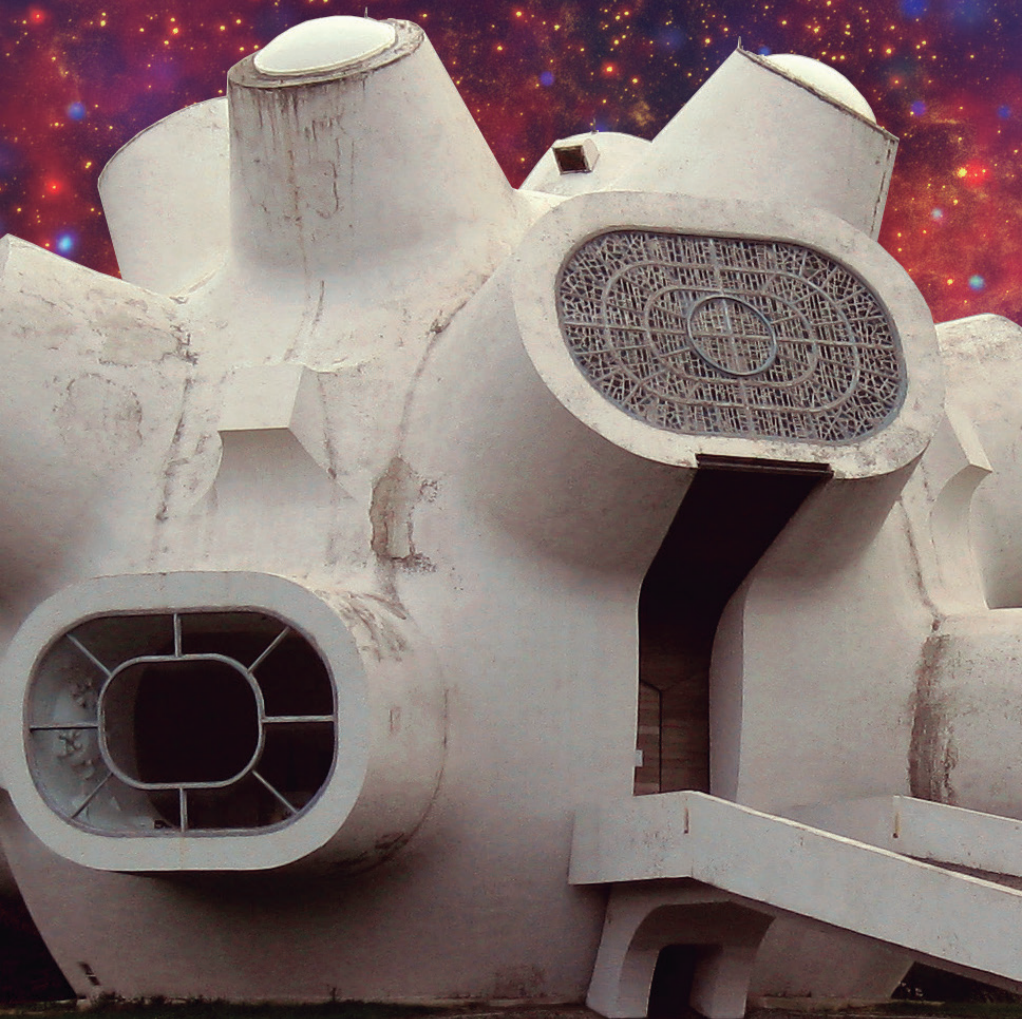


M. John Harrison

**DEBERÍAS VENIR  
CONMIGO AHORA**

línea C



**INTERZONA**



**DEBERÍAS VENIR  
CONMIGO AHORA**



M. John Harrison

**DEBERÍAS VENIR  
CONMIGO AHORA**

Historias de fantasmas



**INTERZONA**

## OBJETOS PERDIDOS

Baldosas gastadas, blancas y negras, que llegan hasta un mostrador de madera. Mobiliario –banquetas cromadas de bar, más que nada– apilado en un rincón. Algunos armarios, no llegás a distinguir qué hay dentro. Acercás tu cara a la ventana durante una noche oscura y dentro hay una lluvia de objetos silenciosos que cae lentamente como el catálogo de algún pasado poco confiable: ceniceros de todos los tipos y tamaños; geranios en una maceta de terracota; miles de vinilos 45 RPM; decenas de miles de libros de tapa blanda abandonados; piedras recogidas en una playa; dinero y naipes; las sobrecubiertas de novelas de 1956; un *culotte* negro talla 24; boletos baratos, todos los colores; trajes, sombreros y zapatos; bola de cricket abollada, las costuras gastadas; un globo de porcelana de unos trece centímetros de diámetro decorado con un diseño complejo de hojas y zarcillos en azul de Delft; pequeña cajonera, enchapada; rueda de bicicleta, cigarrera de plata para caballeros, carnet de seguridad social: todo ingrátido y envuelto en luces navideñas como hebras de maleza bajo el agua. Una noche escuchás a Frank Sinatra detrás de una puerta que da a otra habitación. Volvé la noche siguiente: nada. Subís el cuello de tu abrigo bajo la lluvia. El cartel en la ventana dice abierto pero la puerta está siempre cerrada. Preguntá alrededor, nadie recuerda haber visto al dueño. Libro abierto, lápiz indeleble colgando de un hilo. “Firme aquí”.

## EN AUTOTELIA

El tren de las 10:30 que sale de Waterloo yace abandonado por sus pasajeros, que tras media hora de espera escaparon hacia la plataforma 9, de donde sale el tren de las 11. Estoy sentada frente a un hombre con un traje oscuro a rayas. Dos mujeres, que perdieron sus reservas por el pase de un tren al otro, caminan furiosas de punta a punta por el vagón seguidas por sus maridos derrotados.

—¿Qué bien, no? ¿Caótico, no? —se dicen la una a la otra—: No hay asientos reservados. Es una vergüenza.

Y lo es. O a lo sumo, cansador. Cuando el tren de las 11 finalmente sale, doce minutos tarde, el hombre de traje a rayas y yo intercambiamos miradas.

—Está empeorando —dice él.

Por un momento creo que se refiere a algo más que al servicio ferroviario, pero solo está siendo amable.

El tren toma velocidad rápidamente y, antes de sumergirnos hacia las profundidades, bajo el río, traqueteamos cruzando el sur de Londres. Los trenes son nuevos pero las vías son viejas y parecen cruzar a propósito por la parte de atrás, en ruinas, de cada construcción en la ciudad. Puentes metálicos viejos y oxidados, árboles invisibles bajo enredaderas de vid rusa, zarzamoras tupidas y de baja altura en terrenos baldíos. Estoy empezando a decirme a mí misma que más allá de los cambios todo es tan inútil como siempre, solo que más sucio y más caro, cuando el tren sale de Londres y el hombre sentado frente a mí súbitamente dice:

—Si tienen reportes provisorios, sería útil verlos. Podría ahorrar tiempo si me los mandan directamente por fax.

Luego cierra su teléfono. Es un procurador, como más o menos sospechaba. Está viajando por negocios. Acomoda algunos papeles sobre la mesa mientras me sonrío a medias, y empieza a marcarlos con un resaltador amarillo.

El tren atraviesa un chaparrón, luego pasa junto a una granja en ruinas, una casa abandonada sobre un pliegue de tierra contaminada. Veo a una mujer sola, de pie en un cauce de barro junto a un pequeño puente de dos arcos.

—Que tenga un espléndido fin de semana —dice el procurador—. El placer es mío. —Y luego, mirándome con gesto afable y señalando los papeles con sus líneas amarillas muy prolijas, su teléfono, la computadora que abrió enseguida al sentarse—: Espero que esto no le moleste.

Le pregunto si quizás puede no usar la computadora. Cuando empieza a responder salimos de la zona de transición a la luz del sol, del otro lado.

—Por Dios —susurra, más para sí mismo que para mí, y mira por la ventana—. Mire eso.

Amo los pequeños valles escarpados y derruidos que corren a la par de las vías hacia el este, donde solía estar Norwich, en general delimitados hacia un lado por la línea que dibuja el tren y por el otro por setos sin hojas pero impenetrables por las espinas, o por una pared de piedras locales, amarillas, que reverberan con el calor de las primeras horas del día. Terrazas angostas, irrigadas por un pequeño cauce o un pozo con un pony y su arnés. Sauces secos. Un auto abandonado, arrastrado por el agua desde nuestro lado de las cosas y ahora convirtiéndose en parte del paisaje.

Tres horas después somos recibidos en \_\_\_\_\_ por el presidente regional, una banda de marcha y una escolta de motos de policía. Para el momento en que llegamos a la plaza principal y vemos el vasto buffet dispuesto sobre las mesas en una suerte de auditorio al aire libre, muchos de nosotros estamos, si no exactamente marchando, al menos arrastrando los pies al ritmo de la música. Es todo muy estimulante. Me siento en un banco a sacar fotos. El procurador se sirvió un plato de comida, más que nada distintos tipos de salchicha, en el

que se concentra con una especie de avaricia confusa, incluso mientras busca un lugar donde sentarse. Me ve y empieza a sonreír y a levantar su mano libre cuando una chica local, muy pequeña, quizás tres años de edad, lo agarra de la manga y comienza a hablarle con seriedad en su propio idioma. Parece encantada con él, pero desconcertada ante el hecho de que no pueda responder. Su madre logra explicarle que el hombre es inglés. Las dos susurran por un momento; y luego la niña se vuelve hacia él, extiende una mano y exige:

—¡Choca los zínco!

Está llena de vida, durante el discurso del presidente regional habla con todos todo el tiempo.

He pasado mucho tiempo en viajes como este.

Me voy discretamente a mi hotel para un baño y para dormir una hora o dos, después un trago en el Tristan & Isolde en Plaza Central. Para ese momento ya es casi de noche. Hasta que pido en inglés Jack Daniels y un espresso doble, no soy muy interesante para la mujer joven detrás de la barra: luego puedo sentir su aprobación. Esto, cree, es lo que las mujeres pueden ser; un modelo a seguir que le llegó desde nuestro lado de las cosas. Me da el vuelto en moneda local y lo guardo para mis sobrinos y sobrinas. El espresso en el Tristan & Isolde siempre incluye una pequeña oblea bañada en chocolate y envuelta en papel aluminio, decorado con la imagen de una pistola y algo que se parece a un sombrero tirolés. También los llevo siempre de vuelta a casa. Los niños aman los dibujos, pero no están tan interesados en el chocolate en sí.

Luego de un rato el procurador llega a la plaza y deambula sin saber adónde ir hasta que me ve. Se cambió el traje por unos jeans, una chaqueta de algodón impermeable, náuticos y una camisa rosa; el uniforme de civil del profesional del oeste de Londres. Está entusiasmado. Descubrió, en la ciudad vieja, en una de las calles que hace poco volvieron a empedrar y que corre hacia el lago, el negocio que todos descubren en su primera visita, el que vende los relojes despertadores de Stalin. La vidriera está llena, esmaltados o en cobre



y latón, en distintos tamaños, pero todos con campanas grandes. El procurador luchó consigo mismo, luego compró dos, ahora desenvuelve uno y lo apoya en la mesa entre nosotros. Las tres menos cuarto (no es el tiempo real): Stalin tiene una apariencia afable mientras mira hacia fuera a través de las agujas del reloj. No te está mirando a vos, precisamente. No es que hayas hecho algo. Nos está mirando a todos. Es imposible saber qué está pensando.

El procurador parece no saber si debería divertirse o escandalizarse. Quizás ambas cosas.

—¿No es increíble? —repite una y otra vez.

—Es lo que más les gusta de lo nuestro.

Dos puertas más adelante en la misma calle, dice, hay otro negocio con la vidriera vacía, excepto por un retrato al óleo de Adolf Hitler sobre un caballete tapizado en terciopelo.

—Como sea, tienen todos los frentes cubiertos.

—Para ellos no es kitsch —le digo—. Es un sentimiento real.

Luego hay un silencio incómodo, durante el que él cierra de nuevo el envoltorio de su souvenir.

—¿Querés otro trago?

—No —le digo—, mejor no. Pero te podés sentar. Por favor.

Debe haber llegado un ferry por el lago: hay mucha gente subiendo la colina, algunos claramente turistas, otros claramente locales, niños en edad escolar con gorros de lana, adolescentes vestidos como alguien que está dolorosamente obsesionado con cómo debe vestir un adolescente. Acaba de empezar a sonar un acordeón. Una casa rodante Volkswagen avanza por el camino cruzando la plaza. Los policías están atentos. El diseño de la ropa de la policía regional está a mitad de camino entre el de un plomero profesional y un fuerzas especiales chic, un tono de azul que solo se ve en uniformes y overoles baratos. Hasta su camioneta parece haber sido comprada en Dyno-Rod. Les sonrío.

—Más tarde invito la cena —ofrece el procurador—. ¿Sabés qué podemos hacer hasta ese momento?

—Lamentablemente no.

Luego del desayuno, a la mañana siguiente tomo un tren hacia Nuevos Ministerios. Amo las estaciones de subte con sus mosaicos y sus molduras de yeso coloreadas, sus vigas centrales perdiéndose en la oscuridad en ambas direcciones. Parece haber demasiadas vigas para tener una función estructural y así y todo no tienen valor decorativo. Son simples vigas doble T, llenas de remaches y pintadas de gris. Los trenes, limpios y pulidos, son la pieza central. No se parecen en nada a los subtes que uno puede ver de nuestro lado de las cosas. Interiores de acero inoxidable lustrado, asientos coloridos, cómodos. Casi todo lo que uno espera –alcohol, vómito, grafitis, empaques de hamburguesa de telgopor rotos– está ausente. Son más limpios que los trenes de Estocolmo, y hacen que el subte de Londres parezca el infierno barato que efectivamente es.

La “sala municipal” en Nuevos Ministerios. Si estuviesen ahí parados conmigo, estarían viendo lo siguiente: gente local en una línea ordenada, no exactamente una fila, mirando expectante hacia la sala y dándole la espalda al revestimiento de madera pulida. Frente a ellos hay grupos más espaciados de personas que son claramente de nuestro lado de las cosas, vestidos con cierta formalidad aunque no del todo seguros de cómo comportarse en esta situación. Parecen incómodos, como si fuese la primera vez que están acá, lo que para la mayoría es cierto. Con suerte será la última.

La sala huele a productos de limpieza y a cera, tiene que ser limpiada en profundidad todas las mañanas para eliminar los rastros del trajín del día anterior. Se llama a la gente por su nombre. Todos se acercan con una sonrisa vacilante, los papeles son firmados. Puede que a ustedes les parezca una actividad burocrática ordinaria, quizás anticuada. No hay, aquí, una verdadera cultura de la información, no hay una cultura digital. Todo sigue siendo lapiceras y tinta. Quizás, piensen, esto tenga algo que ver con casamientos, nacimientos o muertes, algún tipo de registro; o quizás no esté del todo claro lo que está sucediendo: solo gente de nuestro lado comprando algo, intercambiando algo. Es legal, sin embargo. Es intrínsecamente legal.

Mi función es hacer los chequeos médicos. En general no son necesarios, pero aun así debo hacerlos. Siempre reservan la misma habitación contigua, pequeña, para ese propósito. Siempre vacía pero muy limpia. Tiene que estar presente algún representante legal, o no se realiza ningún examen; a menudo, el representante es también el agente de nuestro lado. Las mujeres y los niños esconden su vergüenza con sonrisas. Los hombres, especialmente los mayores, hacen lo que se les requiere con aire de dignidad y consternación, como si yo fuese un ultraje que solo podría sucederles durante una guerra o una epidemia, un quiebre de todos los valores e infraestructuras, algo a ser soportado pero nunca olvidado. Son tan reacios a aflojar sus cinturones de cuero anchos, gruesos, labrados a mano —un ejemplar de mala calidad puede llegar a costar dos o tres mil euros en una tienda de Londres—, que tiemblan. Para ayudar, a veces bromeo:

—En el lugar de donde vengo, este es el día de la mala suerte. ¡No te cases ni te embarques! Ya está, puede volver a vestirse.

Toda la mañana, los truenos retumban en la capital desde la cordillera de cerros de piedra caliza que le dan su nombre a la región. El aire en la habitación se vuelve rancio y se oscurece con cada repique, las luces de bajo voltaje oscilan y recuperan su brillo detrás de las pantallas con su esmalte opaco. La puerta se abre y se cierra unos pocos centímetros en contrapunto, dejando entrar la corriente del pasillo; el aroma del líquido para pulir pisos se intensifica. Veo a diez, veo a veinte de ellos, más que nada mujeres y niños. Les aconsejaron que esa mañana no usen ropa interior para ahorrar tiempo. A medio día llega el procurador, acompañando a una mujer alta que lo guía dentro de la habitación con tanta compostura que el cliente parece ser él; y es él quien carga a la hija de ella bajo su brazo. Ya parece cansado.

—Ella debería cargar a su propia hija.

—Perdón.

Me encojo de hombros.

—Por mí no hay problema. Pero hay otros.

Ni bien la baja, la niña empieza a correr por la habitación. La mujer la persigue y, luego, para indicar molestia, se abanica la cara

con una mano y deja escapar un bufido entre sus labios. Como la mayoría de ellos, ignoró el folleto y vistió a su hija con sus mejores ropas, incluyendo una bombacha rosa, como una torta decorada. Parece estar tratando de pasar desapercibida, una forma de entregarse a sí misma a la niña.

—Pienso reducir la cantidad de comida que le doy —me dice. Luego se ríe—. Ya sobreviví en tres oportunidades pero no estoy segura de sobrevivir esta.

—¡Choca los zinco! —ordena la niña, coqueteando con el procurador con intensidad por sobre el hombro de su madre.

Yo le entrego los formularios a él.

—¿Hiciste esto antes? —Sé que no lo hizo—. Tenés que firmar acá. Y quedarte como testigo.

—Ya lo sé —dice.

—Podés usar esta lapicera.

Entonces procedemos al examen. Tengo cuidado con la niña pero ella empieza a gritar y a sacudirse mientras la palpo bajo la pollera en busca de signos de deformidad, que pueden aparecer temprano. Le pregunto a su madre si puede calmarla, por favor:

—Es algo pequeño pero tenemos que hacerlo.

—Es solo que no entiende —dice con amabilidad la mujer.

De repente la niña se queda quieta y le sonrío al techo como si hubiese encontrado una forma de aceptar lo que le está pasando. Luego de eso, las cosas se aceleran, la madre nos da la espalda mientras se saca la ropa, luego se obliga a sí misma a darse vuelta. El procurador observa todo esto, como debe: si el examen se realiza detrás de algún tipo de cortina, no puede decirse que haya sido atestiguado. Al salir me mira como alguien que está a punto de vomitar.

Esa tarde visito la galería de arte regional. “Si uno mira demasiado arte”, se supone que dijo el poeta nacional local, “siempre va a olvidar su paraguas”. Quizás la frase no traduce bien. Albergadas aquí dentro hay pinturas de los últimos cuatrocientos años, pero la colección más grande es la de Doula Kiminic, quien se fue volviendo

progresivamente loco mientras pintaba las guerras y hambrunas más recientes. La crudeza de Kiminic parece tan deliberada como siempre. Parece reduccionista, una limpieza deliberada de otros valores. Su mundo de injusticia y dolor infinitos es una construcción tan artificial como LegoLand. No tanto *El bombardeo*, que de nuestro lado de las cosas perdió hace mucho, a fuerza de repetición, su efecto como imagen, sino dibujos como *Estudio en composición VI*, en el que el clásico caballo eviscerado compite por tu atención con la clásica mujer aulladora y su hijo muerto.

Estoy contemplando esta pequeña pieza, que debe tener unos treinta por treinta centímetros, lapicera y acuarela, más que nada negros y grises tenues, cuando noto la presencia del procurador, parado apenas detrás de mí para poder ver sobre mi hombro.

—¡Qué horror!

—No dudo que estas cosas sucedieron —digo—. No parece ser el punto. El punto parece ser que esta cultura esperaba que sucedieran. Su forma de ver el mundo ya estaba preparada.

—Esta mañana —dice—. En los Ministerios...

—Pensás que soy vulgar —le digo—. Pensás que estoy siendo injusta.

—No —dice él. Quiere decir algo más, pero al final no lo hace. Parece cansado.

—Vamos a un bar —sugiero—. Uno de los bares de la plaza.

Dentro, el lugar está lleno de risas y gritos, olor a humo y comida. En una mesa, tres mujeres juegan a las cartas; en otra están sentadas dos mujeres mucho más jóvenes con remeras rosas idénticas. Afuera, un perro se tumba entre las sillas, su cuerpo se mece bajo el calor de la tarde. Alguien le ha dado una hamburguesa que primero custodia, y luego, finalmente, come. Es algún tipo de perro de invierno, quizás un siberiano, con un pelaje maravilloso en grises y blancos sutiles. También tiene una inteligencia transparente, y una motivación no tan cristalina. La belleza de un animal como este parece fijar nuestras expectativas. Pero mientras su belleza dice una cosa, su corazón puede estar diciendo otra.

No se me ocurre la forma de plantearle esto al procurador, así que directamente lo digo:

—Son muy populares acá, estos perros invernales de nuestro lado de las cosas. Pero deben sentir el calor.

Luego digo:

—Allá atrás, en la galería, lo que quise decir fue esto: una cultura para la que el abuso de animales es tan central no debería usar el dolor animal como un símbolo de dolor humano. Es muy inapropiado. Toman sus vidas y su dignidad, después toman su símbolo...

—Pero —dice él—, ¿no crees...?

—... para ese momento, de todas formas, solo se convierte en un símbolo secundario de tu talento para el abuso de seres humanos. ¿Qué?

—No importa.

—Ibas a decir algo más.

—De verdad, no importa.

Al salir, media hora más tarde, se adelanta para sostenerme la puerta.

—¿Puedo pedirte algo? —digo.

—Por supuesto.

—¿Podés no hacer eso? Me parece muy condescendiente. —Luego caminamos de regreso al hotel en silencio y nos despedimos en el lobby.

Al día siguiente, en el viaje de regreso, hombres autotelianos pequeños y gordos con ropa casual de Armani avanzan a los tropiezos por el pasillo del vagón con sus brazos abiertos a ambos lados, como si nunca hubiesen tenido que caminar en un tren en movimiento. Quizás no. Quizás es la primera vez que salen de su próspera ciudad de provincia. Una mujer, más adelante, canta unas pocas notas de la misma canción una y otra vez para su hijo. Su voz va y viene como un subtexto del viaje, monótona y sin sentido. Parece triste, cansada, pero el niño se ríe de todo con la boca bien abierta.

—¡Choca los zínco! —se lo puede oír demandar.

El procurador está sentado frente a mí. Nuestras reservas nos han reunido una vez más. Saca sus papeles y sus resaltadores. Abre su teléfono celular.

—¿No estás en el pub todavía? —grita en el auricular, con claros signos de estar disfrutándolo. Luego, tras una pausa—: Bueno, veamos hasta dónde llegamos el lunes. Para nada. El placer es mío. Que pases una espléndida velada.

Abre su computadora. ¿Me molestaría, pregunta, si trabaja?

—Me parece extraño —respondo— que quieras usar un viaje para algo más que lo que es en sí mismo.

Pero esta vez estoy realmente muy cansada como para discutir. Mientras miro por la ventana, siento lo de siempre, como si hubiese perdido una oportunidad. Debería estar en contacto, de alguna manera, con las cosas. Veo caminos polvorientos; una figura, quizás un hombre, quizás una mujer, en pantalones cortos y subiendo una colina con esfuerzo. Hay árboles y rocas, senderos que se duplican a ambos lados de barrancos secos. Parece como si uno pudiese caminar por ahí. Como si pudiese caminar todo el día bajo el sol entre las rocas y los árboles.

—La transición —nos dice el guarda— ocurrirá dentro de media hora.

En ambos extremos del vagón la gente se vuelve hacia sí misma. Incluso el procurador parece notar algo, aunque lo único que hace es levantar la cabeza de sus papeles por un momento y sonreír. Después de todo, es como entrar en un túnel. El mundo va a ser más o menos el mismo cuando salgas por el otro extremo. Uno puede, al menos, esperar que del otro lado haya algo. Lo último que veo es a un niño, de pie sobre una gloriosa pila de flores desechadas, al fondo de algún jardín, saludando al tren. Es un gesto tan anticuado que me devuelve el aliento. Saludar a un tren solo porque es un tren es un lenguaje corporal que de nuestro lado de las cosas ya no existe, generoso, despreocupado, de una inocencia agónica. De nuestro lado, los niños no saludan a los trenes: les tiran piedras. Su optimismo ha sido reemplazado por otra cosa.

—Transición... —comienza a decir el guarda, pero luego se interrumpe.

El tren reduce la velocidad hasta ir a paso de hombre. Afuera parpadean diferentes tipos de oscuridad. Hay algún tipo de disturbio

más adelante en el vagón, una mujer grita en el lenguaje regional, un niño comienza a chillar. Yo estoy de espaldas; pero el procurador, que mira hacia la dirección en la que viajamos, se inclina hacia el pasillo para mirar:

—Cambiaron de opinión —dice—. No quieren ir.

—Estuviste en los Ministerios —le digo—. No hay secretos. Por eso estábamos presentes los dos.

—¿No podemos hacer nada por ellos?

—Ahora no. No hay secretos.

—Me parece que no entendés lo horrible que es esto para la gente común.

—Lo entiendo perfectamente.

—No, no lo entendés. No para la gente común.

Nos miramos por un momento, y luego, sobresaltada por primera vez ante la profundidad de nuestro mutuo desprecio, me vuelvo hacia la oscuridad del otro lado de la ventana. Tras un momento, él se incorpora con torpeza y camina hacia el fondo del vagón. Casi enseguida se oye un golpe demasiado fuerte como para haber sido parte de la transición. Suena una alarma y el tren se estremece hasta detenerse. Alguien, nos dice el guarda, ha saltado fuera. Debemos permanecer en nuestros asientos. Tres personas lograron abrir una puerta, aunque no debería ser posible cuando el tren está en movimiento, y saltaron a la zona de transición. Nadie sabe qué hacer. Nadie sabe qué hacer cinco minutos más tarde, luego diez.

Cuando el procurador no regresa, giro su computadora hacia mí esperando ver un reporte para su cliente, un punteo general de su mañana de trabajo en los Nuevos Ministerios. En su lugar encuentro esto. Una entrada de diario, quizás.

“Viaje de ida. Sentado frente a una mujer en un asiento reservado. Cárdigan celeste con botones dorados. Camisa color crema. Pañuelo de seda naranja sobre ambas prendas, atado al frente con un nudo suelto. (La costura apenas descosida en una de las esquinas del pañuelo). Pelo gris cortado a la altura de las orejas, aros de plata en forma de una flor con cuatro pétalos. Nadie le dijo nunca a ella que



era un pétalo. ¿Sesenta años? Cara flaca, venas visibles en las mejillas. Lápiz labial. Copia de *The Guardian*. Copia de *Muerte en la clínica privada*, de PD James. Se quejó de mi computadora en el instante en que la abrí”.

“Agregado luego: cada movimiento que yo hacía —sacar un libro para leer, o un cuaderno para trabajar— provocaba un suspiro parcialmente audible. El problema no era la computadora, ella simplemente sentía que haber reservado un asiento era haber reservado toda la mesa. Vi de reojo sus piernas debajo e inmediatamente desvié la mirada, como si hubiese visto su ropa interior. La piel de los tobillos arrugada y floja”.

Cierro la computadora. El guarda está caminando por el vagón hacia mí. Al menos lograron que el tren se pusiera de nuevo en movimiento.

## LLANTOS

Empiezan entre las seis y las seis y media de la tarde. Suelen ser distantes. Si tienen una motivación, es interna y psíquica: como los sonidos de alguien con una herida en la cabeza, no son racionales excepto en relación consigo mismos. A veces parecen acercarse, como suelen hacer los sonidos con el viento, especialmente durante la noche. Por un momento, el oyente puede distinguir más de una voz, quizás incluso diferenciar entre hombre y mujer. Tienen un tono lastimero y a la vez agresivo, pero entender las palabras no es fácil. Alcanzan un pico a las diez de la noche. Para la medianoche ya se alejaron definitivamente, y el centro del pueblo queda oscuro y tranquilo.

## LAS PAREDES

Un hombre, llamémoslo D, es visto haciendo un boquete en la pared de su celda.

Para ayudarse en este proyecto, D cuenta apenas con las herramientas más endebles y poco fiables: dos cucharas de postre (una de acero inoxidable, una de níquel y plata); la mitad de una tijera curva para uñas; algunos cuchillos de mesa sin mango, y así. La pared de la celda, construida en bloques de hormigón gris de unos treinta por treinta centímetros, fue cementada con desprolijidad y levantada sin mucha atención a los detalles. Pero esta falta de delicadeza no hace la diferencia; ninguno de los cuchillos es lo suficientemente largo como para alcanzar los últimos centímetros de cemento al final de cada bloque, y cuanto más los usa D, más cortos se vuelven. Cada bloque debe, finalmente, ser aflojado y removido a mano, una tarea que puede llevar varios meses y que lo deja exhausto.

Sus manos se deforman y se hinchan. Tras una década cavando, logra pasar al otro lado, y no se encuentra con el exterior sino con un compartimento de un metro de ancho lleno de polvo, excrementos de ratón y rollos de periódicos viejos atados con hilo. Desplomado contra la pared opuesta, descubre el cadáver disecado de otro hombre, rodeado de pinchos metálicos de brochette gastados, hojas de cuchillo dobladas, y un dispositivo ingenioso hecho con una vieja taza de metal abierta al medio. El hombre está acurrucado con su hombro y una mejilla contra la pared como si en sus últimos momentos hubiese estado tratando de empujarla; o como si hubiese presionado su cara contra ella para tratar de ver a través de alguna rajadura mínima, resultado del esfuerzo de toda una vida. Su piel,

con un aspecto que denota su paciencia, está tan amarillenta como los diarios.

Tomándolo por las axilas, D arrastra el cadáver respetuosamente a un lado, selecciona las mejores herramientas y comienza a raspar donde el muerto abandonó su tarea.

Pasan los años. En general está lleno de energía, pero a veces, cuando se despierta demasiado cansado o deprimido como para trabajar, pasa medio día leyendo. Bajo la luz del sol, el papel de diario puede volverse amarillo y de aspecto quebradizo en solo una hora, dando la inquietante sensación de que las noticias ya son viejas. Los eventos registrados —algunos partidos de tenis, un bombardeo, un falso suicidio— parecen históricos y pintorescos; la gente está vestida en forma extraña, usan figuras retóricas con las que, al igual que con sus valores, es muy difícil empatizar. Tras algunas horas, piensa D, todas las hojas de todos los diarios, y por eso, en un sentido, todas las noticias, parecen iguales. Parecen el papel con el que alguien forró un cajón treinta años atrás. De la misma manera, las noticias de generaciones previas, el tipo de noticias que ahora está forzado a leer, parecen tener unas seis horas de antigüedad.

Una década de esfuerzo e intensa concentración le permiten a D atravesar la segunda pared. Decepcionado al descubrir otro compartimento mustio, otro cadáver con expresión de desconcierto y una selección de herramientas caseras, se dispone a trabajar sobre la tercera pared solo para revelar un tercer compartimento; luego, tras una década más, otro, y otro: hasta haber atravesado seis paredes, pasado junto a seis hombres muertos que, podríamos decir, en cierta forma lo precedieron. Como D, todos estos hombres llevan la chaqueta gris de algodón con la que fueron arrestados, sobre pantalones de combate con un hermoso aunque gastado camuflaje disruptivo en azul y marrón. Sus manos están tan magulladas y sucias y sus uñas tan rotas como las de D. Tienen la ropa y el pelo igualmente impregnados de polvo. Pero a él le alegra ver que cada uno sumó un objeto particular al set de herramientas básico —una espátula gastada del jardín de la prisión, una hoja de sierra partida, un trozo

de metal corto y grueso que, sospecha, comenzó siendo un atizador en las dependencias del director de la prisión—, y, aunque estén muertos, muchos de ellos tienen expresiones bastante satisfechas.

Murieron, piensa D, haciendo lo que querían hacer.

Antes de atravesar la séptima pared, decide ver cómo está progresando su escape. Entonces vuelve, compartimento tras compartimento, hasta la celda donde empezó. Acostumbrado a vivir en el espacio entre las paredes, olvidó cuán relativamente grande y cómoda era, con su pintura blanca, su cama de metal, su inodoro en forma de cerradura y su ventana enrejada (a través de la cual puede oír, aún rugiendo, la estela final de la tormenta de la tarde). ¡Hay incluso un pequeño estante con libros!

D se detiene para tocar el lomo de *El desierto de los tártaros*, la obra maestra de Dino Buzzati. Lo saca del estante y hojea las páginas, buscando los subrayados que recuerda de memoria. Luego abre la puerta de la celda y sale a la luz ennegrecida y la atmósfera húmeda del recinto de la prisión. La lluvia absorbida por la tierra roja y yerma ya se evaporó. Bien arriba, un milano brahmán patrulla el aire, toda su atención centrada en algo que D no puede ver.

Solo le lleva un momento caminar bordeando el pabellón de las celdas hasta el lugar por donde piensa atravesar la pared. Aunque tanteo aquí y allá, y se agache para tocar la base de cemento, no encuentra ningún signo de su trabajo; así y todo se siente optimista. Antes de volver a entrar, observa el muro que rodea al recinto. Mide unos seis o siete metros de alto, y es liso y uniforme excepto por unas pocas manchas negras. Una vez que salga del pabellón de las celdas, piensa, va a tener que empezar a trabajar en eso. Va a ser un nuevo desafío. D se ilusiona ante esa perspectiva y vuelve a entrar, continúa la excavación con renovado entusiasmo.

¿Disfrutaste el libro que comenzaste a leer?

Podés adquirirlo en [www.interzonaeditora.com](http://www.interzonaeditora.com) y en cientos de librerías.

Gracias por apoyar con tu lectura y recomendaciones este proyecto editorial.

**interZona** es una editorial literaria independiente fundada en Buenos Aires en 2002 que se ha convertido en uno de los espacios de publicación más innovadores y reconocidos de Latinoamérica por la diversidad de autores y de títulos que publica.

En **interZona** verán reunidos a escritores noveles con otros ya consagrados; a los de habla hispana con los de otras lenguas; a los poetas con los ensayistas, los dramaturgos y los novelistas; en suma, a todos aquellos que hacen posible una conversación de voces múltiples, desprejuiciada, vivaz, arriesgada, pero siempre orientada por el estilo y la marca de calidad con la que intentamos perfilar nuestra línea editorial.

# INTERZONA